

vemente sobre un colchoncillo de terciopelo negro. La mano es pequeña, afilada y sensual. Como la mascarilla, tiene el trasunto femenino que también nos acucia frente a la estampa de Copérnico, el otro hijo insigne de esta tierra. Esta mano está toda en la carta a Kuinelski —1831— que se conserva original aquí dentro de un marco oscuro y en la que el alma atormentada se yergue como una llama contra el viento.

Cuando está terminando nuestro lento recorrido, llega el pianista Jan Ekier, músico de muy cernida calidad, muy versado en Bach y en los creadores actuales, intérprete singular de Federico Chopin. Es un hombre pulido y leve, enristecido y lejano. Trae del brazo una mujer en primavera, espléndido dechado de belleza polaca. Nos saluda cortés y silenciosamente. Es el pianista que ha señalado el Gobierno de la República para que, en el ambiente más entrañado, nos interprete a Chopin. Los latinoamericanos que hemos recibido el honor delicado y singular —Arnedo, de la Argentina, Amazonas del Brasil, Rubilar de Chile, Fuenmayor de Venezuela, mi mujer y yo de Cuba— agradecemos al pianista su presencia. Ekier corresponde con una sonrisa inteligente y se dirige al piano.

El programa es certero y característico. La polonesa en La mayor, la mazurca en Mi menor, la mazurca en Do menor, la mazurca en Do mayor y la polonesa en La bemol mayor. En el perfecto silencio, la ejecución nítida e inspirada va cobrando una rara fuerza evocadora. En verdad que oímos un Chopin inédito, recién nacido, mejor. Cada instante señorero estaba enriquecido de una alusión personal, cada nota de una sustancia nueva que venía de la casa, de la época, de los retratos románticos, de la mascarilla dramática, de la mano ansiosa. Por el piano pasaron el aire erguido, militar, la galantería de perfil, llena de suaves reminiscencias, lo coreográfico y lo lírico, los finales lentos transidos de resignación desesperada. Pero pasaba también el hombre todo, en su desollado clamor, en su angustia creadora, en su grito de sangre, en su costosa excelencia.

Cuando el pianista se levantó para saludar severo la concentrada ovación, cuando tomó del brazo para desaparecer silencioso a la mujer esplendente, la sala estaba cuajada de devotos. De las cercanías de la casa, curiosos y transeúntes habían ido entrando en unión emocionante por la puerta abierta para todos. En el conjunto se descubría el campesino y el profesor, el estudiante y el obrero, el soldado y la anciana. A la ovación siguió un nuevo silencio, más admirativo y devoto que la ovación misma. En todos había ese regusto melancólico de quien sabe que ha gozado un instante raro, que no volverá a producirse.

Mientras vamos hacia los jardines, ahora intencionalmente dorados por la tarde, meditamos un poco sobre la permanencia y valor de los modos de creación artística. Chopin está muy lejano de nosotros, más allá de sus cien años de muerto, ahora cumplidos. Vivimos otros tiempos, otro espíritu, otra música, otra vida. Para sentirlo por dentro hemos tenido que venir a su casa —que es su vida, su espíritu, su tiempo, su música— sumergirnos en su recuerdo y en su ambiente. Pero al sentirlo, hemos sentido una etapa del mundo, el ademán de una época. ¿Cuántos de los actuales creadores, más cerca de nosotros, tendrán auditorio en su primer cumpleaños? ¿Cuántos gozarán este raro privilegio de la posteridad evocadora?

El gobierno actual de Polonia cumple

bien con su pueblo y con su programa al festejar inusitadamente el centenario de Chopin. Por encargo oficial se están efectuando en todas las localidades del ancho territorio conciertos y charlas, cursillos y debates. Un gran concurso internacional está abierto; se dispone todo para la estatua definitiva; se imprimen ediciones bellísimas de Chopin. Y nada puede ser más distante que el gesto chopiniano y la recia voluntad triunfadora que conduce el país al socialismo. Pero el socialismo no es ablación sino superación. Y estos gobernantes saben cuánto hay de impulso benéfico en esta música dolorosa y gentil nacida de un gran patriota, con el cuerpo errante y la ansiedad en Varsovia. Chopin es queja y desesperanza, pero también vuelo y conquista. Lo primero, para ser justos, es querer lo propio. Y Chopin es un tesoro unificador y activo en este gran pueblo mil veces muerto y siempre resucitado. Y cada vez que ha sido necesario dar la medida plena, asombrar al mundo con hazañas ejemplares, Chopin ha tocado a rebato desde sus mazurcas polacas. Anheló lo mejor para su tierra y su tierra, en marcha hacia la justicia definitiva, le saluda el centenario y lo suma al fervor revolucionario del



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

La enseñanza de la democracia

Por Arturo USLAR PIETRI

(En *El Nacional* de Caracas, 19 de abril de 1949).

Siempre he mirado con desconfianza esa asignatura que en nuestras escuelas se denomina Instrucción Moral y Cívica. Nunca he creído que esa sea una asignatura concreta y delimitada como la Aritmética o la Geografía. Ni que un maestro pueda estar encargado de enseñarla. No se aprende moral en lecciones memorizadas. No se aprende como un catálogo de preceptos y de reglas. Y si se aprende así, vale tanto como si no se aprendiera y resulta en un simple esfuerzo baldío. Tampoco se aprende a ser buen ciudadano de una democracia aprendiendo los principios abstractos en que se funda un gobierno democrático.

Tampoco se aprende democracia organizando repúblicas de escolares con el minucioso funcionamiento de unos poderes democráticos en miniatura. Eso no pasa de ser un juego. Los niños juegan al gobierno democrático como jugarían a los piratas. Y en el mejor de los casos no aprenden sino el mecanismo exterior del gobierno representativo y de la división de los Poderes, y algunos de los vicios y de los aspectos negativos de la democracia. Como son la oratoria vacua, el verbalismo excesivo, la demagogia y el narcisismo del Poder.

La verdad, y ya nosotros deberíamos saberlo en Venezuela por propia experiencia, es que no se enseña democracia como una asignatura ordinaria, ni tampoco como un juego. Esta es una cuestión fundamental que debe ser meditada muy cuidadosamente por los que tengan a su cargo la dirección y la concepción del objeto de la educación venezolana.

No ha sido eficaz la escuela venezolana en

pueblo. Cuando dejó de tocar el pianista Ekier una vieja profesora italiana —que entre la fronda circundante acababa de ofrecer una conferencia sobre Chopin a muchachas universitarias— nos dijo transportada: Durante mucho tiempo fué nuestra voz y nuestro idioma. Ahora que Polonia tiene voz propia —Estado y gobierno nacidos de su necesidad y de su anhelo— no olvida la voz fiel del hijo apasionado.

Cuando nos despedíamos de la casa ilustre, nuestra acompañante y guía nos señaló un rosal gigantesco, vivo ya en los días de Chopin, conservado con heroica solicitud por los vecinos. Las rosas son pálidas, pero conservan unas vetas sangrientas. Siguen siendo bellas, pero el tiempo ha agotado el perfume. Un poco así sucede con el músico. Su perfume no es el de hoy, pero permanece en su vieja belleza, en su palidez y en sus vetas sangrientas. El milagro de la vitalidad dilatada es hijo de la terca lealtad a su tiempo y a su gente. Por ello los que han echado a andar la fuerza nacional —tan cargada de universal sentido— de la tierra de Chopin, no han olvidado su clamor.

esa enseñanza. La ha acometido con decisión pero la orientación ha sido errónea. Parece que hubiera faltado una concepción clara del objetivo y de los medios. Lo que después de todo no es sino el reflejo en la Escuela de la vida nacional y de sus peculiaridades. La escuela se ha limitado a enseñar las reglas del gobierno democrático, lo que no es sino uno de los aspectos menos importantes de educar para la democracia. Enseñar los principios del gobierno democrático es una enseñanza abstracta. Mucho más en una tierra que la ha negado y combatido en lo más de su historia. Lo que la escuela debería es enseñar a vivir la democracia, cultivar las condiciones individuales que hacen posible la existencia efectiva de una sociedad democrática.

Y esa no es ya la enseñanza de una asignatura, ni la de un maestro, sino la de todas las asignaturas y la de todos los maestros. La de todas las horas y de todas las ocasiones. Para que aprendan y sientan que la democracia no es un sistema de gobierno, un conjunto de reglas abstractas debatibles, sino una manera de vivir. Una manera peculiar de entender el destino y la conducta del individuo y sus deberes para consigo mismo y para con los demás.

Para esa eficaz enseñanza de la democracia es más importante aprender a buscar la verdad y a respetarla que la teoría de la división de los poderes. Importa más sentir respeto por el ser y por las ideas del prójimo que todas las definiciones abstractas de la libertad política. Es más fundamental aprender a convivir pacífica y constructivamente con los que no